REVISTA LITERARIA

ISLA

No.7 - Noviembre 2020

contenidos

Los pequeños proyectos

Cuento de Ernestino

Página 3

Inseminación

Cuento de

Sebastián Villar

Página 9

Alrededor de la piscina

Fragmento de Nathalie HC

Página 11

No puedo echarle la culpa a la chiva. Me viene bancando hace meses. Era obvio que en algún momento no iba a dar más. Es falible, como todo lo creado por el ser humano. La válvula de la rueda de atrás está echa pedazos. La cámara también. Ya no admite aire. Pruebo en varias estaciones de servicio, como si cada manguera de inflar tuviera su propia personalidad, su particular generosidad. Cruzo los dedos y pruebo. Pero ya no quiere. El aire se filtra antes de que le ponga la rosquita. Qué derrota. Voy a tener que caminar.

El sol es intenso. Por momentos cruelmente intenso. Tampoco de esto me puedo quejar. Soy el primero en despotricar contra el frío, y en anhelar la calidez. Me sirve. Me puedo manejar mejor. Hace tanto calor que, salvo que haya un cambio abrupto -y puede suceder en este clima de porquería que tenemos- la noche también va a ser un horno. Entonces es cuestión de recostarse en cualquier lado y ya está. Ni siquiera precisás una manta. Ahora mismo hay tipos tirados con el torso desnudo en las veredas. Y si no fuera por los milicos se quedarían de buena gana en calzoncillos.

Tengo que llenar la botella. La estoy sintiendo en los riñones. Es impresionante lo rápido que se me llena la mochila. Trato de tener la menor cantidad de petates posibles pero no hay caso. Tengo que además mojarme un poco. Tirarme agua en la cara, en el cuello. Y bueno... comer. Estoy débil. Camino pesadamente. Cruzo las calles y apenas me alcanza la duración de la luz verde. Los autos me tienen que esperar unos segundos extra, como si fuera un anciano. Los

conductores me miran con exasperación. Pensarán: “¡Pendejo de mierda! ¡Apurá el paso que estás en la flor de la edad!” No saben que en las últimas doce horas digerí apenas una banana que ya estaba medio machucada, y un alfajor de ocho pesos.

El celular rezonga cada cinco minutos. Se está quedando sin batería. No puedo permitir que se me apague definitivamente. Hace días que no me llaman y necesito imperiosamente trabajar. Necesito además buscar la manera de administrarme mejor. ¡Maldita sea! ¡No aprendo más! En cuanto cae algo de dinero en mi palma, lo reviento en manjares efímeros, además de poco nutritivos. Necesito proteínas, minerales, calcio. Estoy abusando del azúcar y de la sal. Estoy ávido de esas sustancias. No puedo salir de esa rosca aunque lo intente.

Llego cansinamente a los cuernos de Batlle y miró Bulevar Artigas abajo, hacia Tres Cruces. La perspectiva de lo que me falta me angustia las piernas. Pero sigo avanzando. Cruzo a la vereda donde hay más sombra, y camino a paso de tortuga por la angosta y prolija ciclo via.

**

Miro el edificio de uno de los tantos sanatorios de Tres Cruces. O debo decir, uno de los tantos imperios de la salud. No me va a quedar otra que entrar. Engancho la tullida chiva como siempre en una columna, y me meto por la entrada de Ocho de Octubre, que arde de gente, vapor, aromas varios.
La sala principal está deliciosamente fresca. Es tan agradable la temperatura, que tardo varios segundos en fastidiarme por tanta presencia humana. El sanatorio presenta una gran concurrencia. Trato de no alterarme mucho. Trazo prioridades. Evitando mirar a los desgraciados y desgraciadas que hacen una fila repugnante frente a la farmacia, voy al baño. Sopeso qué hacer primero. Voy derecho al water. Aflojo los esfinteres y hago pichí y caca. En sí quería hacer sólo lo segundo, pero siempre sale algo de lo primero, colado. Después, aunque sé

que vacié el recto por completo, me quedo un rato sentado, mirando los azulejos. ¡Cómo creció este sanatorio! ¡Si hasta tiene puertas con cerrojo y todo! Quiero mirar la hora, por hacer algo, pero el celular ya murió por completo. Decido levantarme cuando ya se me empiezan a dormir los miembros, y cuando imagino la cosa escabrosa que siempre imagino cuando cago: una vibora aparece por el caño del water, salta y me clava los colmillos en las nalgas, y luego intenta introducirse a prepo en mi ano. ¡Valiente ano! Pero bueno, es sólo una visión perturbadora. Me limpio el culo, y tiro la cisterna. Y antes de proceder a refrescarme, me lavo bien las manos, aprovechando que hay un buen jabón líquido color rosado fuerte.
Me lavo la cara varias veces, aspirando con deleite el aroma del jabón. Luego me tiro agua en el pelo, en el cuello, en el propio pecho. No me interesa mojarme la ropa porque sé que en un santiamén voy a volver a estar seco. Me siento fresco, aunque mi pelo despide un olor algo desagradable, estando así de húmedo. Finalmente saco con cierto trabajo la botella, procurando que no se caiga nada de la mochila, a este piso mojado y lleno de quién sabe qué germenes. La botella no entra en la pileta. No llego a encajar el pico en la salida de agua. Puta vida. Intento todos los angulos posibles. En vano. Habrá otros baños a lo largo o lo ancho de esta hegemonía. Por lo pronto me inclino, y tomo copiosamente de la canilla. Mis órganos agradecen el largo caudal de líquido. Los bigotes terminan chorreando agua pero apenas me los seco. Agarro abundante papel higiénico y me sueno la nariz. Me miro al espejo para ver que todo esté en orden en mis fosas nasales. Soy cabalmente repulsivo. Soy deforme. Soy un flaco desgarbado, aniñado aún, feo y maloliente. Pero en el fondo estoy orgulloso de lo que veo. Hago lo que quiero. Aunque sea grotesca mi imagen, no puedo ser más fiel a mí.

Salgo y sin entretenerme me dirijo hacia el sector que da a Avenida Italia. Casi me pierdo entre pasillos, entre camillas que casi me chocan, y bajo una escalera que da a una amplia sala

de espera. Busco bajo las ventanillas y no tardo en encontrar una zona de tomacorrientes. Hay un par que estan ocupados con dos celulares enormes, con sus cargadores enchufados. Los otros estan libres. Siempre pensé que la tecnología tendería a achicar los artefactos, por practicidad y para abaratar los costos, pero parece que los celulares están sufriendo una involución: de aquellos ladrillos pasamos a aparatitos que cabían perfectamente en la palma de cualquier mano... y ahora se agrandaron de nuevo, incluso llegando a tener el tamaño de una pequeña tele. Como fuere, saco mi cargador que anda cuando quiere y marcha cuando se le antoja, y enchufo el celular. Tarda en prender. Pensé que era falso contacto pero no: como tiene cero por ciento, ni siquiera me permite iniciarlo. Debo esperar un rato, al menos hasta que cargue un uno por ciento, y ahí recién darle la orden. Sólo espero no tener una llamada perdida del Suatt.

**

Aunque no tenía sueño, me quedé dormido, mirando los comerciales que pasan en las grandes pantallas, que en realidad son cuatro monitores unidos, que, mediante no sé qué mecanismo, proyectan una imagen común. Comerciales de lucha contra la diabetes, contra la presión alta. Un viejo desgraciado o una vieja desgraciada cuentan su historia de vida, y te instan a cuidarte, a llevar una vida sana, a consultar a tu médico de cabecera ante el menor síntoma raro. ¿Acaso supondrán que todos tenemos cobertura médica? Jovatos. Visten patéticamente. Ya han llegado al ocaso de su vida, y no han dejado de ser unos esclavos. Esos vaqueros, esos mocacines, esos zapatos, esas camperas que los hacen asemejarse a robots... Robots sentados en altos taburetes, con un fondo de lamina blanca. Qué tristes somos los humanos.

Me desperté por el grito de unas criaturas. Miré instintivamente hacia la zona de tomas. Mi celular seguía allí. Ya estaba a un diez por ciento. Lo prendí y esperé impaciente. No había llamados nuevos ni mensajes. Suspiré. Tengo miedo del hambre. Aunque, pensándolo bien, ya lo siento. Mandé un mensaje al Suatt diciendo que estaba disponible, y volví a mi asiento.

Las puertas se abrían cada tanto y distintas mujeres vestidas con casacas blancas o azules gritaban nombres o pedían ordenes. Los niñitos que tanto gritaban eran un nene de acaso seis años, de pelo cortito castaño y ojos sumamente azules, y una chiquita que no pasaría de los tres, rubia con rizos, y cara de artera. Los padres de la niña parecían encantados con aquellos juegos. No así la madre del varón. Se sentaba unos bancos a mi izquierda. Tenía los mismos ojos que su hijo, pero era rubia rotunda. Con la nariz respingada, y un aire de superioridad, miraba severamente el accionar de su hijo.

“¡Javier!” decía cuando ya no se podía contener. “¡Javier, vení acá!” El niño accedía y se acercaba a su madre con un rostro que mezclaba la picardía y la culpa. “Javier, ¿a vos te parece ser tan revoltoso?” “¡Qué verguenza!” El niño hacía un puchero unos segundos y se quedaba en silencio, pero luego, cuando su madre se distraía volvía a la algarabía. La nenita, que ya había visto varias reprimendas a su amigo, lo esperaba recostada contra el cartel de información de lactancia. Reía salvajemente al verlo liberado, y volvían a sus correteos.

Los niños son maravillosos, pero también tienen algo de patético. Es patético ver cómo se parecen a sus padres. Es odioso y frustrante ver cómo éstos están haciendo un trabajo impecable al procurar que sus críos sean una replica, y una continudad perfecta de sus nefastos linajes. Allí van corriendo los pequeños proyectos, los futuros esclavos, disfrutando de los pocos años de libertad que les quedan...

“¡Javier!” volvió a gritar la madre, cuando casi me volvía a dormir. “¡Vení acá inmediatamente!” Parece que Javiercito había ido junto a los padres de su pequeña amiga, y estos le habían convidado unas galletitas. El niño obviamente aceptó, y ahora masticaba una con total desparpajo. Viendo lo que se le venía, mantuvo un instante suspendido el cacho de waffle que le quedaba, y se fue con pasos pesados hacia su madre.

“¿Ya no sabés cómo avergonzarme, no?” dijo la muy tilinga “¡Pidiendo comida como un muerto de hambre!”

“Hay que compartir...” murmuró con timidez el chico, que aún con su pésima influencia a cuestas, conservaba toda la nobleza y sencillez de un niño.

“¡No!” rezongó la tilinga esta “Si querés algo yo te lo doy! ¡Qué es esto! ¡No te reconozco!”

Javier volvió a poner cara de culpa, mientras la mujer le limpiaba cuidadosamente la boca. De seguro el pobre pensaba que realmente era culpable de algo. Con suerte cuando crezca comprenderá toda esta mierda… y espero no le guarde tanto rencor a su mamá.

Me paro de golpe, captando la mirada de madre e hijo; desconecto el celular, sin importarme que apenas haya cargado, y arranco el cargador del tomacorriente cinchando el cable. No me quedo ni un minuto más acá.

Guzmán vio las luces alumbrar con timidez las paredes del cuarto. Se levantó con sigilo para no despertar a Mariana. Por el camino se aproximaba un auto o una camioneta. Venía despacio. La lluvia de los días anteriores había convertido el camino en un lodazal que hacía difícil atravesarlo en cualquier vehículo distinto a un tractor.

Aquella noche se había desvelado. Pensaba en la banda que estaba asaltando estancias. En la tarde estuvo conversando con Tulio, el capataz. El hombre le dijo que la semana pasada habían entrado a robar al casco de la estancia vecina, los patrones estaban en Montevideo. Revolvieron todo y no se llevaron nada. Por esos días también le habían carneado un novillo a otro vecino.

Primero fue a la cocina y pensó en agarrar una cuchilla. Descartó la idea porque razonó que las armas cortantes sólo son efectivas para atacar. Defenderse a filo de cuchilla sería muy trabajoso y no lleva ninguna ventaja frente a un ataque con arma de fuego. De la cocina se fue al galpón, junto a los portones de chapa estaba la motosierra que Tulio había usado esa mañana para cortar leña. Se apresuró a encenderla. No tenía clara la maniobra porque nunca la había usado. La vida de campo le era ajena y la estaba aprendiendo de a poco. Tiró tres veces de la cuerda y encendió. El motor quedó moderando. Guzmán deslizó los portones y se quedó mirando desde ahí. Estaba descalzo pero no sintió frío. Mariana apareció por la puerta de la cocina. ¿Qué pasó? ¿quién viene? —le preguntó. Guzmán respondió que no sabía. Le pidió a Mariana que llamase a

Inseminación

Sebastián Villar

Tulio para saber si esperaban a alguien. Mariana se negó porque no iba a andar molestándolo en horas de la madrugada. La motosierra continuaba moderando. Mariana la vio pero no comentó nada. Se paró detrás de Guzmán. La camioneta estaba detenida en la portera. El chofer se bajó a abrirla. Viene uno solo —dijo Guzmán. Mariana llamó al celular de su hermano, que estaba en Montevideo pero no le atendió. Caminó hacia el escritorio y en el calendario vio que su hermano había marcado esa semana con la palabra "INSEMINACIÓN". Volvió a donde estaba Guzmán. Era una camioneta blanca. Ya había cerrado la portera. Retomó la marcha con lentitud. Puede ser la veterinaria —susurró Mariana. La camioneta se detuvo. Apagó las luces cortas y encendió la luz interior. Abrió la puerta con tranquilidad. Era una mujer delgada, de estatura media y pelo de corta melena. Calzaba unas botas de montaña, jeans y una camisa de tartán.

Al bajar de la camioneta pidió disculpas por la hora y se abrigó con una parka sintética azul pálido. Se presentó, dijo que se llamaba Cristina y que era la veterinaria, explicó que se había adelantado porque venía en viaje desde Argentina y en el hotel donde tenía previsto pasar la noche no se pudo alojar porque había perdido los documentos. El hermano devolvió la llamada. Mariana atendió y le explicó la situación. Luego le pasó el teléfono a la veterinaria. Guzmán apagó la motosierra. Ella le pidió disculpas al hermano de Mariana y le narró los mismos hechos respecto a la ruta y el hotel. Guzmán le ofreció una taza de café mientras Mariana aprontaba la cama que estaba en el cuartito junto al escritorio. La veterinaria hizo un comentario sobre la cantidad de vacas que había para inseminar. Guzmán la miraba atentamente como esperando detalles o explicaciones sobre su inesperada aparición. Cuando Mariana volvió a la cocina, la veterinaria terminó el café, lavó la taza y se despidió advirtiendo que la jornada siguiente comenzaría muy temprano. Mariana le avisó que las frazadas estaban en los estantes del mueble. Guzmán cerró los portones y apagó las luces. En ese momento sintió la planta de sus pies heladas y corrió al dormitorio. Mariana ya estaba tapada. ▪

Otra vez Euge da vueltas alrededor de la piscina. Tanta planificación, tanto pensar actividades que podían hacer las dos juntas, sin problemas, y ahora ella insiste en que le gusta el hotel, que disfruta quedarse ahí. *Esta tarde, nada más mamá*. Le había dicho mientras la ayudaba a ponerse el bloqueador. *Mañana salimos: agendá el paseo que tú quieras.*

Es que no se trata de lo que mamá quiera. Ese viaje era para Eugenia, para celebrar su cumpleaños. Silvia había aguantado estoicamente la resolución de su hija de no hacer una fiesta de quince. Años más tarde, en la graduación del liceo, la gurisa se había encargado sutilmente de dejarla afuera de todas las planificaciones. Rebeldía adolescente, o algo así. Silvia suponía que eso estaba bastante bien, en comparación con los desplantes y tragedias domésticas que le relataban sus compañeras de trabajo.

Pero ahora, por fin, tenía la oportunidad de celebrar a su hija de alguna manera. Consentirla, gastar plata, planificar juntas un viaje que no tenía nada que ver con doctores ni con tiendas de ortopedia. Milagrosamente Euge había aceptado pasar dos semanas las dos solas en el Caribe. Y ahí está, esquivando mozos y profes de *aqua gym* en torno a la piscina. Y lo peor de todo es que se la ve contenta.

Silvia rastrea el azul de la piscina con la mirada. Sospecha que entre los turistas estúpidos que prefieren chapotear ahí antes que ir al mar – al mismísimo mar que está tan cerca – va a reconocer un cuerpo joven y delgado que ya ha visto antes, desde ese mismo ángulo, desde la ventana de la habitación. Ahí está, nadando como si fuera la estrella del lugar. *Ya sabía*, se dice. Baja la cortina como si le diera asco esa tela amarillenta y texturada, y abandona su puesto de vigilancia para sentarse en la cama.

La habitación está oscura y el aire pesado. No se acostumbra a que acá no tiene que pagar la factura de la luz, así que casi nunca enciende el aire acondicionado. Ahora sí, acciona el control blanco y se repite varias veces que no hay razón para estar incómoda.

Y sin embargo está tan tensa. *A ver, Silvia, también son tus vacaciones*. Desde esa posición solo ve la mitad de su rostro en el espejo de la pared. *Tengo más arrugas por amarga que por vieja*. Se concentra en el pliegue del entrecejo. Piensa que puede lograr hacerlo desaparecer. Obtiene el resultado contrario.

La toalla que la envuelve empieza a aflojarse y eso le recuerda que todavía tiene que vestirse. Todo le da pereza y hasta una rabia infundada se esfuerza por guiarle los movimientos, por hacer todo de manera brusca y desmedida. Se incorpora para ir hacia la valija y la toalla termina de caer al suelo. Una parte de ella quiere apurarse a levantarla, pero gana la parte que dice que no hay motivos para estar vestida en una habitación de hotel, ahora que está sola y hace un calor del infierno.

Igualmente, se acerca a la puerta para asegurarse de que esté trabada.

La ropa, ahora esparcida salvajemente por la cama de dos plazas, le genera hastío y confusión. *¿Por qué traje estas cosas?* Hay una pollera y varias blusas que le quedarían espectaculares para una entrevista de trabajo, pero no para ir al bar a sacar conversación con el morocho que, un par de noches atrás, le recomendó ese cóctel con sabor a nafta. De todas formas hace demasiado calor para andar de pantalones, así que la pollera tendrá que servir.

Se le cruza la idea de probarse uno de los trajes de baño de Eugenia. Es seguro que tendrán la misma talla, pero casi nunca hacen eso de prestarse ropa. Hay uno que le regaló la tía… ahí está. La parte de arriba de un traje de dos piezas: amarillo y revelador – *demasiado para una nena como Euge*. Se lo prueba y le queda muy bien. *Demasiado bien para una vieja*... y Eugenia seguramente se va a enojar cuando se dé cuenta del préstamo sin permiso. Pero no importa, no importa nada, será una pequeña venganza por dejarla sola tantas tardes en sus primeras vacaciones juntas.

Es un contraste raro el de la pollera tubo con el bikini sexy, pero tendrá que andar. Jimena, su amiga, siempre le dice que con ese cuerpo puede ponerse cualquier cosa, que le va a quedar bien. Silvia siempre lo niega, pero la verdad es que es cierto. Y ahora no hay nadie cerca ante quién fingir modestia.

Deja una nota sobre la mesita por si vuelve Euge. Agarra los lentes de sol –*ahora sí, una bomba*– y también el libro que está

sobre la mesa de luz. Después reconsidera y tira el libro por los aires, pero como cae un poco abierto sobre los montones de ropa, vuelve y lo cierra con cuidado. Sale de esa habitación hecha una perra empoderada. *Voy a pasarlo bien, aunque tenga que emborracharme como hace décadas que no hago. Se van a arrepentir de dar bebidas gratis.* El pasillo tiembla, vibran los pelos de la moquette, se excitan los pistilos de las flores de plástico ante la presencia de esta mujer soltera y guapa que está de vacaciones.

Sin embargo, cuando toca el botón del ascensor, la determinación que la guiaba empieza a evaporarse. No sabe bien qué hacer con las manos: una lleva la billetera pero la otra queda libre. *Tendría que ir a buscar el libro…* El reflejo difuso y partido del ascensor magnifica sus tetas, prácticamente expuestas – *soy una ridícula.* Sus piernas, esos dos cachos de piernas hegemónicas, bronceadas, que la han sostenido toda una vida de dramas y ejercicio, le parecen blandas, estúpidas, dispuestas a quebrarse al siguiente paso.

Y lo peor de todo: se abre el ascensor. Y adentro del ascensor hay un hombre, solo uno, el único hombre de todo el hotel a quien ella conoce por nombre y apellido.

—Pero me cago en la mierda
—Ya me parecía que eras vos, Silvia

La rabia instantánea que siente le hace recuperar la firmeza. Ella entra al ascensor, se posiciona al lado de él y recién después:

—Bueno, podemos saludarnos

Se estira hacia él en puntas de pie para darse un supuesto beso, un roce de cachetes. No hay mayor contacto que ese pero igualmente ambos perciben que el saludo es mucho más afectuoso por parte de él.

—Te vi hoy en el desayuno, pero no estaba seguro de que fueras vos.
—¿Estoy cambiada?
— Al revés. Estás idéntica. Yo porque estoy hecho un viejo de mierda y pienso que todos tendrían que estar igual.

Silvia lo mira con un poco más de atención. Es verdad que esa panza no estaba ahí antes, y que las entradas están bastante más pronunciadas, pero ella no hubiera elegido las palabras “viejo de mierda” para describirlo.

—Callate que estás igual. Las canas ya las tenías.
—¿Y no me conociste hoy?
—La verdad que no quería saludarte.

Salen del ascensor en la planta baja. Ella se aleja del aparato con tres zancadas kilométricas, pero realmente no sabe a dónde ir.

—¿Tenías algún plan para ahora?
—Ir al bar… a buscar una cerveza. Y volver a mi cuarto.
—¿Muy ocupada? Mirá, si no te molesta me gustaría que nos

pusiéramos al día, conversar un poco. Aunque sea en otro momento. Yo llegué anoche y me quedo como dos semanas.

Dos semanas.

—El bar es por acá, Sil, ¿no lo viste?, vení. —empiezan a caminar en esa dirección —¿Hace poco que estás?
—Hoy es el tercer día. Pero no me la paso en el bar. Es un viaje familiar.
—Ahí va. ¿Por eso no querías saludarme?
—Mirá, Gerardo, la verdad que me da igual saludarte o no saludarte, ponerme al día contigo, ¿qué sé yo? ¿qué voy a tener para decirte?
—Tá, Sil. Si no te interesa charlar un rato, me voy.

Dice eso, y sin embargo acaba de acodarse en la barra. Está demasiado relajado, demasiado confiado en que ella no le va a echar flit. Qué rabia.

—No tenemos por qué hacer nada —dice él, y mira hacia otro lado para dar pruebas de que no se le va la vida en tener esa conversación.
—Andá a cagar

Es absurdo tener que volver a la habitación solo porque a Gerardo se le haya antojado quedarse en el mismo hotel que ella –*habiendo tantos* all inclusive *exactamente iguales*. El problema no es hablar con él, ni "ponerse al día", sino esa maldita postura de suficiencia y desafío. Como la de toda la vida. Como si otra vez estuviera intentando levantársela.

Se va al otro extremo de la barra y aunque siente la mirada de él clavársele cada tanto, se dedica a lo suyo, que es, a fin de cuentas, vigilar a Eugenia. *Cuidarla. Acompañarla. Saber dónde está.* Sigue apoyada en la barra pero mira a través de los ventanales que dan a la piscina. No es difícil encontrarla. Tiene un libro abierto pero jamás lo mira. Sigue embobada con el paisaje social.

Un mozo rompe la concentración de la hija tocándole el hombro. Le lleva una bebida clara y llena de hielo. *Más vale que sea una gaseosa.* Obviamente, no es una gaseosa y Eugenia lanza una mirada rápida a la ventana que calcula que es la de su propia habitación antes de empezar a tomar, con una expresión de satisfacción que su madre jamás le conoció, y que tampoco llega a ver ahora.

—¿Qué le ofrezco señorita? —uno de los barmans se dirige a Silvia. No es el mismo de la otra vez, pero es muy aceptable.
—¿Qué me recomendás?

Este chico se tiene un poco menos de confianza a la hora de elegir la bebida de las señoras. Quizás se siente un poco acorralado por toda la atención que ella le presta mientras él suda y tartamudea. De todas formas, lo que prepara es bastante rico y Silvia le deja propina antes de buscarse una mesa. Encuentra un buen lugar, junto a la ventana, detrás de una planta, para seguir mirando a su hijita sin ser vista.

Si las cosas fueran diferentes, hace años ya le hubiera dado un par de lecciones a Eugenia. *No queda bien ser tan evidente, hija.* Cualquiera se daría cuenta de a quién está mirando, y con

qué intenciones. Sí, le daría consejos de amiga, no de madre, y se divertirían mucho.

Algo hace que Eugenia estalle en una carcajada. La sensación cálida de ver a su niña feliz la invade, pero con el paso de los minutos se convierte en preocupación, y después en entumecimiento. Cada tanto, Silvia rechaza a alguna persona que le pregunta si la puede acompañar (a dos, por viejos; a uno por joven; a otra, por mujer). Gerardo también está solo, pero entretenido, en una de las mesas de afuera. Silvia bebe y se aburre.

—Sabés que no me molesta conversar. Me molesta que te hagas el canchero.

Gerardo no parece sorprendido de escuchar esa voz a su espalda.

—No fue a propósito. Y me parece que no era para tanto.

Ella se sienta junto a él y pone el vaso, casi vacío, sobre la mesa.

—Te hablé mal. Pero es para tanto sí. Me molesta que sigas igual después de veintemil años.
—¿Por qué?
—Porque estoy hecha una vieja amargada y pienso que todos tendrían que estar igual. —le sonríe y se toma el último sorbo.
—¡Yo no te veo amargada! Tenés una sonrisa precio…
—¡Exactamente eso es lo que no tenés que hacer! Dejá de

tirarle los perros a la gente un segundo.
—Callate loca, que te vi en la barra, boludeándolo al barman. Y lo bien que hacés. ¿A qué viniste, si no?
—Ya te dije. Estoy en plan familiar. Muy tranquila. ¿A qué viniste vos? Me pareció que estabas con una mujer en el desayuno.
—Sí
—No será la misma…
—Me parece que sí.
—¿Sentaste cabeza entonces?
—Estamos muy bien, si esa es tu pregunta. No me privo de nada.
—Eso es precisamente lo que no entiendo. Yo tengo que hacer un esfuerzo titánico para conseguir a alguien con dos dedos de frente para salir. No digo ya un *novio*. Alguien con quien pueda cruzar palabra ¿me entendés? Y vos que sos cualquier cosa estás en una relación y encima contento. ¿Hace cuánto? ¿veinte años?
—Te confieso que no llevo la cuenta. Pero ¿no dijiste que era un viaje familiar? ¿viniste con tu vieja?
—Vine con mi hija.
—¿De cuánto?
—Dieciocho. Pero me hacés un solo chiste y te parto la cara.
—Debe de ser muy linda y me gustaría conocerla.—dice él en un tono casi formal —No voy a decir nada más.

La conversación es más fácil de lo que Silvia esperaba. Cada vez que no se siente capaz de hacer un reproche o una broma, se ayuda con otro trago. No se olvida de que está ahí para cuidar de Eugenia, pero la atmósfera del lugar le parece cada vez más segura y amigable. Se sobresalta cuando ve a la chica a menos de un metro de distancia de ellos dos.

—Te queda re lindo, mami. —le dice ella, mirando el bikini —Buenas tardes —toda una caballera, le extiende su mano buena a Gerardo. Él la estrecha con delicadeza. Disimula la sorpresa lo mejor que puede.

Silvia los presenta omitiendo cualquier palabra que pueda dar a entender que ella y Gerardo se conocen desde antes. Es difícil para él encontrarse con una situación en la que no tiene ningún comentario qué hacer, ni maneras de volverse el centro de atención. Seguro no va a tardar mucho en intentar sacarle tema de conversación a la chica.

—Mamita, no teníamos planes para esta noche, ¿verdad?
—¿Por qué, mi amor?
—Me enteré de una cosa que me gustaría ir. Es... como si fuera un karaoke.
—Si te gusta eso, amor, vamos.
—Es que es para menores de 23, por eso… quería saber si ibas a estar bien sola.

Cená conmigo, Sil. Estaba a punto de invitarte. Gerardo es tan personaje de guion barato que sus palabras resuenan en el aire aunque él siga pasmado: aunque por una vez en la vida no se haya animado a intervenir.

—Obvio, hijita, cómo no voy a estar bien.
—Gracias mamá. —Eugenia empieza a girar la silla para alejarse.
—Pará, Euge, ¿qué vas a hacer ahora? ¿No querés ir arriba a descansar un rato?

—Te iba a decir sí. Pero no pasa nada, no quise interrumpir.
—No interrumpís nada, vamos.

No sabe cómo despedirse de Gerardo pero tampoco le importa así que opta por no hacer nada al respecto. Cuando ya está afirmada en la silla de Eugenia, y a punto de darle la espalda, él reacciona:

—Decime en qué habitación están.

Las mujeres se detienen pero no le contestan. Él reformula:

—Si le parece, Silvia, podemos seguir conversando más tarde. La llamo a su habitación y arreglamos.

Silvia ya no se encuentra en posición de decidir si ese tono de formalidad le enoja o le divierte. Se dedica a mirarlo como si fuera una foto. Un *recuerdo* de Facebook.

—Denos usted el número de su habitación. Si mamá está libre, lo llama. Primero vamos a descansar.

Se marchan con el dato de la habitación. Eugenia se preocupa en anotarlo en su celular mientras su mamá la empuja.

—Sos muy linda, hija.
—Estuve bien, ¿no? —dice, estirando el cuello para enlazar la mirada con su madre —porque así, si tenés ganas, salís con él, y si no tenés ganas, no nos jode.

—Es una buena idea, Euge, pero no creo que lo llame.
—Me di cuenta que no tiene muchas luces. Pero ya vamos a encontrar algo mejor. Dejá mami, yo manejo —Euge ya se guardó el celular en el bolsillo y toma el control de la silla
—Estás *ebria*. Me vas a incrustar contra una columna.

Se ríen, Silvia la suelta y avanzan las dos a la par.

—La verdad que tomé demasiado.
—Es joda, mamá, estás bien. Tenés que divertirte. ¿Qué más hiciste hoy? ¿Conociste a otros porteños panzones?

La madre siente envidia de la liviandad con que su hija intenta abordar el tema de su vida sexoafectiva. También se siente en falta por no poder darle reciprocidad.

—No, no hice nada. Me quedé leyendo en el cuarto casi toda la tarde. ¿Qué hiciste vos?
—Prácticamente nada, pasear por los patios, por la parte de la piscina… Escuché unas viejas gringas muy divertidas y me puse a practicar inglés con ellas.

En el interior del hotel, el frío artificial es demasiado y Silvia se abraza a sí misma para protegerse. Cuando llegan a los ascensores vuelve a fijarse en el reflejo distorsionado. Esta vez, su propia imagen está empastada con la de la silla oscura, de aluminio y cuerina relucientes, que va a ocupar la mitad del ascensor cuando entren. La sorprende el contraste entre ese negro compacto y la vestimenta floreada, brillante y volátil de la chica que está sentada en él, y que canta canciones en un

idioma asiático, como si no hubiera nadie cerca.

Suben al ascensor, y besa a su hija en la cabeza.

El plan de Eugenia es dormir un poco antes de ir a su fiesta exclusiva, pero se distrae mirando un programa de preguntas y respuestas en la televisión. Le llama la atención a su madre sobre cómo los concursantes parecen no saber cosas que se aprenden en la escuela, y las dos pasan un buen rato contestando las preguntas a los gritos y burlándose de esas personas.

Después de la ducha, Silvia ayuda a Eugenia a maquillarse.

—¿No trajiste algún color un poco más suave? ¿Un rosado?
—¿No me queda bien?
—Te queda bien, pero es muy llamativo para vos.
—No entiendo por qué no puede ser llamativo, mamá. ¿Vos usás este color, no? Dejame ponerme lo que quiera.
—Quedate quieta.
—¡Estoy quieta! ¡Vos estás borracha y te tiembla el pulso, mamá!
—Dejá de hablar que no puedo hacer nada. A ver. Ahí. Fijate si te gusta.

Eugenia se mira al espejo. Se nota que está complacida.

—Zafo bastate. Pero si averiguo que hay maquilladoras en este hotel, para la próxima las contrato.
—Hija, ¿vos te estás fijando lo que está incluido en el paquete

turístico y lo que no? No me quiero llevar sorpresas el último día.
—Bueno por cada vez que me digas que no ponerme *ene* ropa o que no puedo maquillarme con *equis* color, voy a ir al restorán a pedirme una comida que esté fuera de nuestra promoción. Aunque no me guste. ¡Mamá si te vas a bañar, esperá a que salga!

Silvia ya está atrás de la mampara.

—Bueno, perdón. ¿Qué sos, una extraña?
—Podemos tener un poco de privacidad, ¿no te parece? —Eugenia junta algunos de los elementos de maquillaje y los mete al neceser, apurada. Al salir del baño pasa por encima del bikini amarillo.
—¡Y no creas que no me di cuenta que me usaste este, mamá! Te queda muy lindo y todo pero la próxima me toca a mí. Sin excusas. —cierra la puerta del baño tan fuerte como puede.

* * *

Silvia se despierta pasadas las veintitrés. Está muerta de hambre. Se quedó dormida envuelta en la toalla húmeda y tiene una sensación tan incómoda que decide volver a ducharse –*total, es gratis*. Se siente mucho más despejada y recuerda que Euge se fue al karaoke sin dejar que la acompañara y sin darle un beso “para no arruinar el maquillaje”. Al final, Silvia no tuvo tiempo ni sagacidad para averiguar en qué parte del hotel era ese evento, pero seguramente en la recepción se lo podrán decir.

Ya bajo el agua la asaltan algunos los flashes de la conversación con Gerardo. Con *el porteño panzón*, en palabras de su hija. Mejor que Euge no sepa nada sobre ellos dos. No hay *ellos dos*, más allá de dos ex que se encuentran un día y tienen una conversación intrascendente, mediada por el alcohol, al lado de una piscina llena de gente ridícula. La verdad es que Silvia lo pasó muy bien, y está intentando decidirse entre llamar o no a su habitación. *¿Qué mal puede hacernos cenar juntos? Seguro que no cenó todavía.*

Y si está casado, o en pareja, lo que sea, mejor todavía. Tomar un trago, sin que haya problemas de coqueteo ni estupideces del estilo. Intenta recordar el número de la habitación. Obviamente, lo olvidó. Y obviamente, eso es una clara señal del universo de que mejor dejar por ahí la conversación y todo el asunto del reencuentro.

Esta vez se viste más cómoda –*total, todo me queda bien*– pero se pinta los labios con el mismo rojo por el que hace unas horas discutió con su hija. Está casi lista para bajar al restorán, y mira el celular antes de meterlo en la cartera. Hay un mensaje de Eugenia. Lo abre, apurada, con el corazón en la boca, porque su hija nunca le escribe sin que ella lo haga primero. El mensaje es, únicamente, tres cifras y una letra: un número de habitación

* * *

—Agua sin gas, por favor. —*¿Cómo es posible que consigan chongazos para atender la barra en todos los turnos?* —Sí, Gerardo, mesura. Con emborracharme una vez en el día es suficiente.

—¿Estás despejada?
—La siesta me hizo bien.
—Te hizo muy bien, estás espléndida. Más linda que hoy a la tarde.
—Lo que te dije sobre no decirme babosadas se mantiene vigente.
—Es verdad. Pero viste que yo muchas más ideas no tengo. Se nos va a hacer corta la charla.
—Pasó de moda excusarse tras la propia estupidez. Igual que tu pelo, tus jeans e irse de vacaciones a un *all-inclusive*.
—¿Te divierte estar basureándome todo el rato? ¿Para qué me llamaste?
—No me divierte eso ni escuchar tus piropos. Me los hubieras dicho cuando estábamos juntos, ahí sí tenía ganas.
—¡Yo siempre te traté bien!
—Bien bajo tus términos.
—Bueno, si querés hacerme reproches ahora, dale. Yo quería que pasaramos bien.
—Bueno, pasarlo bien no es lo mismo que “ponerse al día”.
—Mirá… te prometo que no te voy a decir más halagos hasta que volvamos a ser amigos. Cuando volvamos a ser amigos ya no te va a molestar. O– o lo vemos, lo hablamos en ese momento. ¿Te parece?
—Perdón, señor, ¿usted va a tomar algo?

Alrededor de la piscina es un cuento/novelita que va a seguir publicándose (y escribiéndose) en futuros números de **Revista Isla**

Nathalie HC

@piracalamina

alcanfor.rosado@gmail.com

Ernestino

@ernestino__

ernestinoq.tumblr.com

Sebastián Villar

@sebastillar

@sebastillar

Los pequeños proyectos de Ernestino e **Inseminación** de Sebastián Villar están bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-SinObraDerivada 4.0 Internacional. *¡Por favor, comparta!*

Alrededor de la piscina de Nathalie HC está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-CompartirIgual 4.0 Internacional. *¡Por favor reuse y comparta a gusto!*

literaturaindependiente.info

isla.libros